

Fernando de Noronha

La isla de la Utopía

Patricia Veiret, Pilar Mateo y
José Antonio Mateo
(Naturalistas)

Fotos: Patricia Veiret y Pilar Mateo

A 345 km del cabo São Roque, en el nordeste de Brasil, se encuentra Fernando de Noronha (3°52'S 32°26'W), una pequeña isla volcánica y tropical cuyo origen está directamente asociado a la gran fractura que, hace algo más de 150 millones de años, separó África de América del Sur.

El edificio volcánico del que Fernando de Noronha forma parte junto al atolón das Rocas viene a ser la versión americana del rosario de islas que se alinean en el golfo de Guinea (Bioko, São Tomé, Príncipe y Pagalú). Una y otras suponen las últimas balizas que señalan el camino seguido por ambos continentes en su separación y son, por tanto, testigos del origen del Atlántico sur.

Las zonas más antiguas de la isla emergieron hace unos 12 millones de años, siendo contemporáneas de La Gomera y de las áreas más antiguas de Tenerife. Su geomorfología sugiere, sin embargo, un proceso erosivo más rápido que el seguido por nuestras islas, y en la actualidad carece de conos volcánicos y de barrancos profundos. Se trata de una plataforma que en su mayor parte apenas sobrepasa los 75 m sobre el nivel mar, y que está salpicada de algunos pitones y promontorios, entre los que destaca el Morro do Pico (323 m), un impresionante bastión fonolítico que define su "skyline".

La superficie ocupada por la isla principal y la totalidad de islotes y roques que la rodean apenas sobrepasa los 20 km², lo que viene a



suponer algo menos de la décima parte de la extensión de la isla de El Hierro. En un territorio tan escueto como el de La Graciosa caben sin embargo más sorpresas de las esperadas.

Tan pequeña y alejada del continente, no es de extrañar que Noronha permaneciera deshabitada hasta los inicios del siglo XVI, cuando los diferentes reinos europeos se echaron a la mar en busca de riquezas y nuevos territorios. Toda esa soledad y su proximidad al ecuador hicieron de ella un lugar completamente recubierto por el bosque tropical húmedo, poblado por extraordinarias especies endémicas y punto de reunión de aves y tortugas marinas.

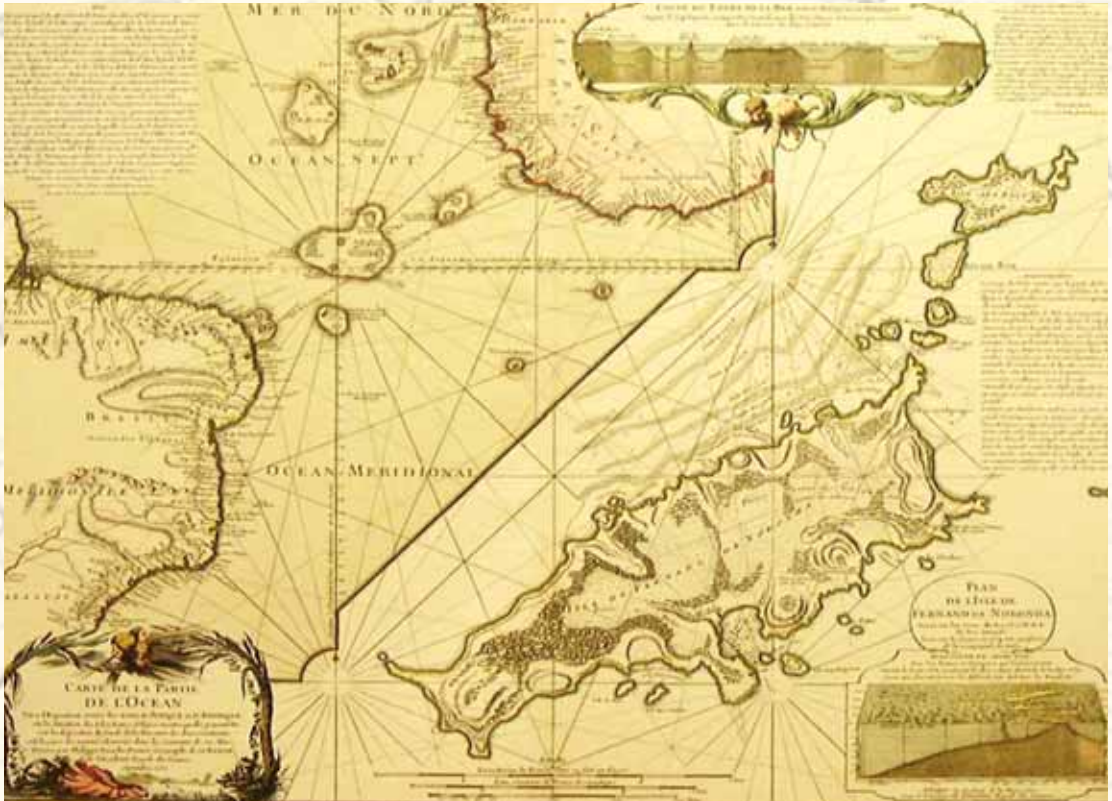
De todo ello dan fe los diarios y derroteros redactados por los primeros navegantes que, hace poco más de cinco siglos, recalaron por primera vez en esta isla entonces virginal.

Nada se sabe acerca de su descubridor, pero en 1500 su perímetro aparecía ya dibujado en el planisferio de Juan de la Cosa, y solo dos años más tarde en el de Alberto Cantino, que ya la conocía con el nombre de isla de Quaresma.

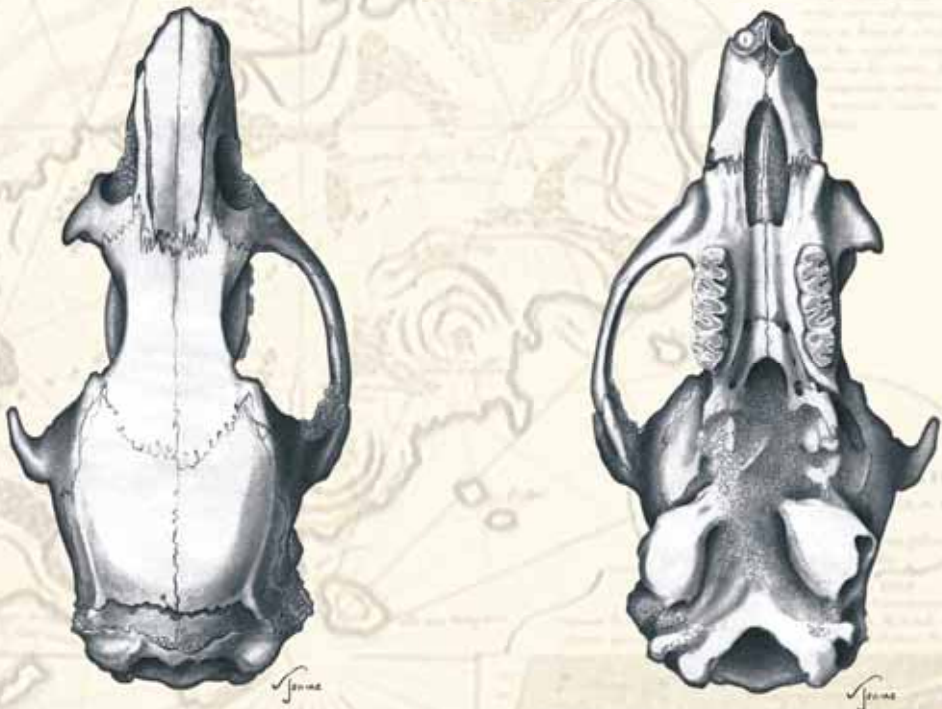
Durante el solsticio de verano del año 1503, la expedición portuguesa comandada por Américo Vespucio y Gonzalo Coelho hundiría su nave capitana en los arrecifes que la rodean. Tan amargo accidente marcó el



Imagen de satélite de Fernando de Noronha (Google Earth)



Fernando de Noronha y su posición en el Atlántico, según el insigne geógrafo Philippe Buache (París, 1737).



Cráneo de *Noronhomys vespucci*, una rata de gran tamaño que, según Américo Vesputio, abundaba en Noronha a principios del siglo XVI y que dio nombre a la segunda isla del archipiélago (Ilha das Ratas). Holotipo de la especie, según Janine Higgins, en Carleton & Olson (1999).



La playa de Porcos, el "Mar de Dentro" y, al fondo, algunas islas menores del archipiélago.

comienzo de una larga enemistad entre ambos marinos y obligó a establecer el primer asentamiento permanente en la isla.

Sin embargo, esta imprevista parada también permitiría que Vespucio tuviera tiempo para conocerla en profundidad, que la rebautizara con el nombre de isla de São João, y que la describiera con detalle y sin rencor. El relato redactado entonces por el ilustre navegante florentino hablaba de la existencia de bosques majestuosos, de árboles cargados de deliciosos frutos, de caza y pesca abundante y de fuentes y pozos inagotables, de aguas saludables y cristalinas. Tan fascinante fue el alegato que pocos años más tarde el pensador inglés Tomás Moro consideró la isla como el marco idóneo en el que ubicar a una sociedad perfecta basada en la propiedad común de bienes y en la igualdad de sus habitantes. Tal sociedad recibiría el nombre de *Utopía*, un término inexistente hasta entonces que inspiró siglos más tarde a



Conocido de forma coloquial como "Braulio", el Morro do Pico es símbolo, faro y punto culminante de Fernando de Noronha.



La Vila dos Remédios, centro neurálgico y capital de la isla.



Ruinas del fuerte de los Remedios.



Mujer de Fernando de Noronha.

cooperativistas y socialistas utópicos, y que finalmente hemos asumido para designar objetivos halagüeños e irrealizables.

Vespucio y el resto de la expedición portuguesa acabarían por resolver sus problemas y los últimos rezagados abandonarían la isla en 1505. Pero Noronha no permanecería deshabitada mucho tiempo... y poco después los holandeses la tomarían y la llamarían Pavonia. Más tarde, ingleses y franceses la conocerían como Dolphin o Dauphine, en honor a los miles de delfines que todavía frecuentan sus aguas. Y por fin volvieron los portugueses, que la rebautizaron con el nombre del noble que financió aquella expedición de Vespucio pero que, a pesar de todo, nunca llegó a poner un pie en la isla...

Fernando de Noronha ha sido una estratégica fortaleza atlántica desde la que se controló el comercio entre Europa y Sudamérica, posta obligatoria en la trata de esclavos, factoría ballenera, retaguardia de las huestes de una u otra nacionalidad que intentaban asentarse en



La tortuga verde en eclosión, emblema del programa Tamar.

el continente americano, destierro de gitanos, granja experimental para cultivos tropicales, o nido de bucaneros y piratas -no en vano durante más de 20 años fue la guarida del holandés Corlizon Jol, más conocido como Patapalo, un sanguinario corsario de suaves maneras, que

auspició y legisló el matrimonio entre sus rudos hombres de mar-. Tras la independencia brasileña, la isla se convirtió en prisión casi inexpugnable para algunos asesinos, como el terrible Mata Velha, y para muchos presos políticos, entre los que estuvo el revolucionario, militar y dramaturgo Agildo Barata. También fue base militar norteamericana durante la Segunda Guerra Mundial.

Tanto cambio de manos y tantos usos alternativos hicieron que Noronha dejara de ser el sitio perfecto para las fantasías de Tomás Moro, y que su vegetación, su fauna y sus paisajes se resintieran. Tanto es así que en agosto de 1873, Henry Moseley y otros integrantes de la expedición científica llevada a cabo por el *HMS Challenger* llegaron a describirla como una isla repulsiva llena de ortigas, de ratas y de rufianes, y después de solo dos días de estancia partieron con alivio hacia Bahía.

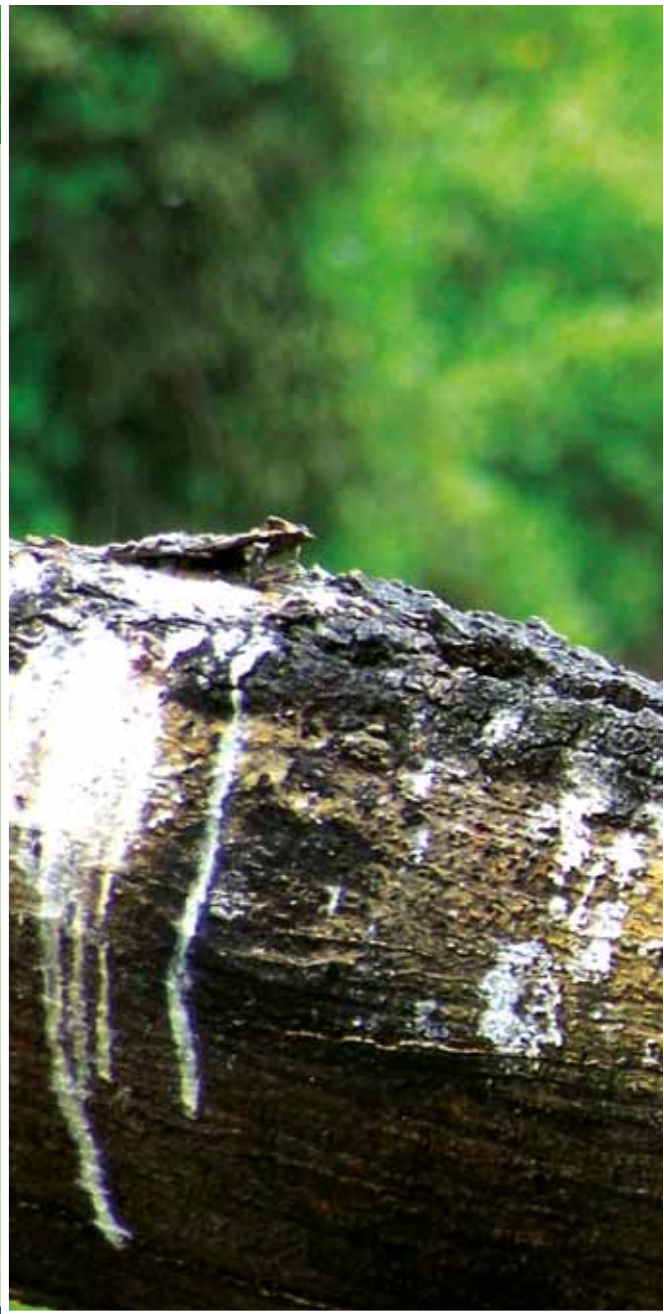
Playas de Leão, una importante área de puesta para *Chelonia mydas*.

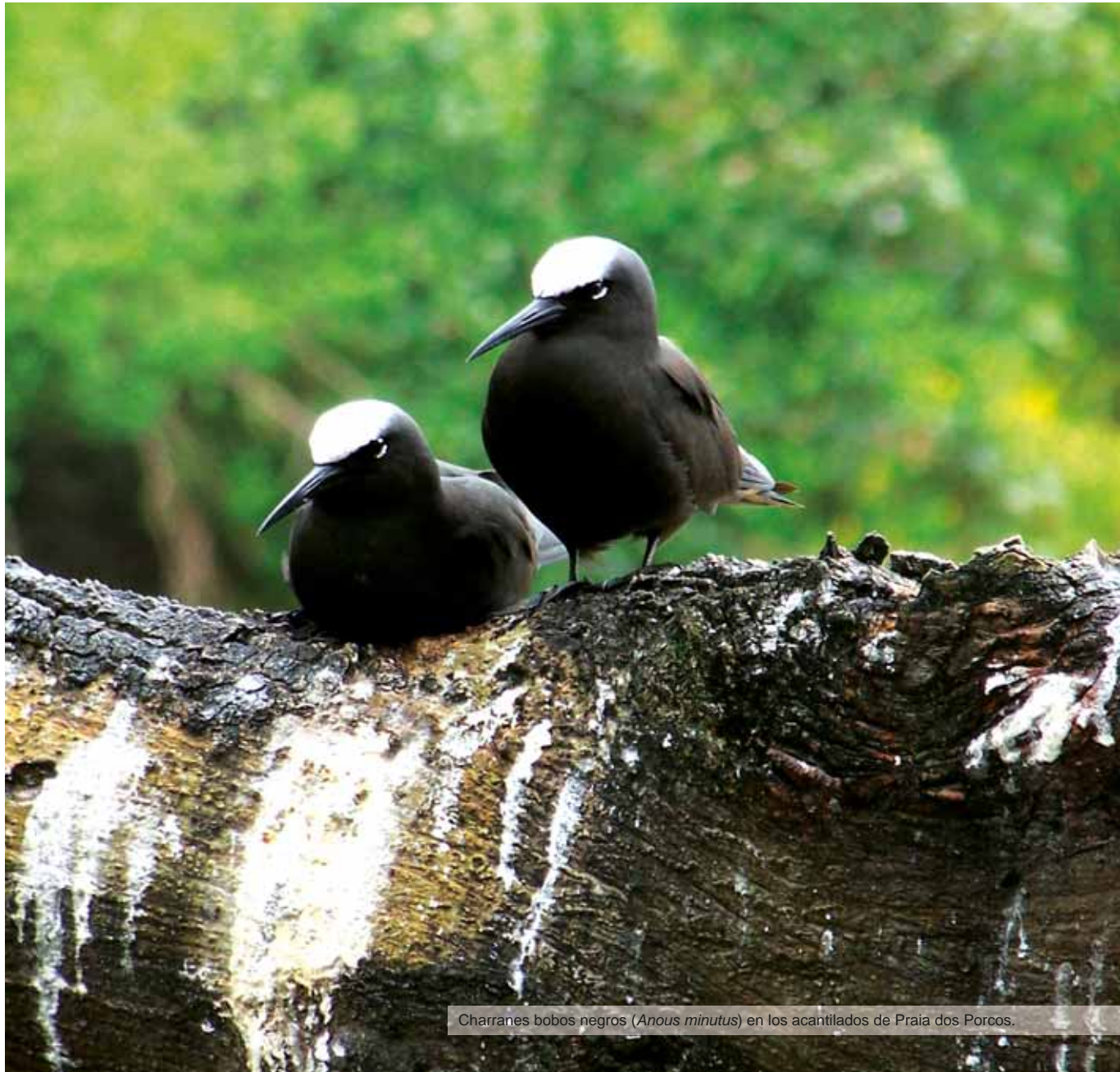


Buena parte de sus bosques originales habían sido diezmados para ser sustituidos por plantaciones de caña de azúcar o simplemente para evitar que esclavos y prisioneros pudieran emboscarse y evadir así sus “responsabilidades”. Algunos árboles y arbustos, y no pocas malas hierbas introducidas por el hombre, como las jiriranas trepadoras (*Ipomea nil* e *I. hederifolia*), los bejucos (*Cissus verticillata*), las mimosas blancas (*Leucaena leucocephala*) o las lantanas (*Lantana camara*) se extendieron por toda la isla, generando en ocasiones densas y enmarañadas formaciones en las que las plantas autóctonas apenas tenían oportunidad de desarrollarse.

En esos años muchas especies de plantas herbáceas y arbustivas parecen haberse extinguido. Así lo afirma la investigadora de la Universidad de Pernambuco Ângela Miranda que, en su trabajo de catalogación realizado durante los años noventa del pasado siglo, no pudo encontrar una veintena de las especies previamente señaladas en 1887 por el inglés Henry Nicholas Ridley.

Asimismo, varios vertebrados endémicos han seguido el mismo camino, entre ellos un rálido no volador que está todavía por describir y un roedor de gran porte que recibió el nombre de *Noronhomys vespucci*. Ambos desaparecieron durante las sequías que asolaron la isla durante los siglos XVIII y XIX, víctimas de esclavos,





Charranes bobos negros (*Anous minutus*) en los acantilados de Praia dos Porcos.



La misteriosa y amenazada culebrilla ciega de Noronha (*Amphisbaena ridleyana*).



Scinax ruber, un anfibio introducido en Fernando de Noronha.

soldados, perros y gatos hambrientos.

La foca monje (*Monachus* sp.) también parece formar parte de ese grupo de especies tristemente desaparecidas después de la llegada del hombre. Así lo sugiere el reciente descubrimiento de algunos huesos de este mamífero marino cerca de la playa de la Atalaya, donde pudo sobrevivir hasta tiempos no demasiado lejanos.

Desde la llegada de Vespucio, Noronha ha sido tomada al asalto por una legión de plantas invasoras, por ratas, ratones y gorriones europeos, por mocós (*Kerodon rupestris*), tejús (*Tupinambis merianae*) y anfibios americanos (*Rhinella schneideri* y *Scinax ruber*) o por garcillas (*Bubulcus ibis*) y perenquenes (*Hemidactylus mabouia*) procedentes de África.



La tórtola de Noronha (*Zenaida auriculata noronhensis*), un pequeño colúmbido todavía muy abundante.





Charrán blanco (*Gygis alba*) descansando sobre las ramas de una "burra lechera" (*Sapium sceleratum*).



Muda de culebrilla ciega de Noronha (*Amphisbaena ridleyana*), encontrada cerca de Praia Conceição.

Aún así, la isla conserva buena parte de su cubierta forestal primigenia, sus fondos marinos están catalogados entre los más espectaculares del continente americano, y playas como las de Sancho, Porcos o Conceição son simplemente maravillosas.

Las playas que miran a África –las llamadas *Praias do mar de Fora*– siguen siendo excelentes lugares de puesta de las vegetarianas tortugas verdes (*Chelonia mydas*), y cada año centenares de hembras de esta especie salen a desovar, libres ya de las intensas carnicerías a las que eran sometidas hasta hace pocas décadas. Los vecinos arrecifes coralinos y las formaciones de algas calcáreas y colonias de moluscos son además comedor, parada y fonda de tortugas verdes y Carey (*Eretmochelys imbricata*) y los puntos en los que se concentra la mayor diversidad de especies de la isla. Bucear en las someras y protegidas aguas de la bahía

de Sueste se convierte así en una experiencia fuera de lo común, en la que las concentraciones de peces y tortugas marinas se hacen tan densas que en ocasiones resulta difícil evitar tocarlos.

La franja costera que mira a América es, por el contrario, más propicia para ver cetáceos. Merece sin duda la pena madrugar para ser testigo de la impresionante concentración de delfines de la especie *Stenella longirostris* que cada amanecer tiene lugar en la bahía dos Golfinhos, y que a veces reúne a más de dos millares de saltarines ejemplares.

El bosque primigenio presenta, como cabía esperar, una diversidad relativamente baja, y apenas cuenta con una veintena de especies autóctonas de porte arbóreo. Pero esta “pobreza” no es suficiente para llegar a empañar la belleza de la intrincada selva de higueras gameleiras (*Ficus noronhae*), mu-

lungos (*Erythrina aurantiaca*), árboles ipé (*Tabeluia roseo-alba*) o burras lecheras (*Sapium sceleratum*), que todavía encontramos en el tercio más occidental de la isla principal, y que sin duda es merecedora de la estricta protección a la que actualmente se encuentra sometida. Por cierto, que el carácter extremadamente tóxico de la burra lechera hizo de ella un elemento de tortura al uso durante el periodo en que la isla ejerció de presidio.

El cactus xique-xique (*Cereus insularis*), descrito detalladamente por Charles Darwin en sus diarios, la rarísima trepadora *Combretum rupicolum*, de la que únicamente queda un pie con flores femeninas en los alrededores del Morro do Francês, o la pisonea endémica (*Pisonia darwinii*), igualmente herborizada por Darwin, son algunas de las herbáceas y arbustos que únicamente pueden encontrarse en Fernando de Noronha.

La comunidad de vertebrados terrestres tiene, como también cabía esperar en una isla tan alejada, pocas especies autóctonas. Casi todas son, sin embargo, endémicas. Pequeñas tórtolas (*Zenaida auriculata noronhensis*), fiofíos (*Elaenia ridleyana*) o vireos de Noronha (*Vireo gracilirostris*) todavía son aves abundantes aquí y allá. Tampoco son raros los escíncidos de raíces africanas *Euprepis atlanticus*, mientras que el extraño reptil ápodo, ciego y subterráneo *Amphisbaena ridleyana* parece ahora casi restringido a los restos de bosque que todavía rodean al Morro do Pico.

Como ocurre en otras islas oceánicas, en Fernando de Noronha abundan las aves marinas. Hasta tal punto es importante el pequeño archipiélago para algunas especies tropicales, que ciertas voces autorizadas, como la de Storrs L. Olson, no dudan en

calificar las colonias del archipiélago como una de las más importantes del Atlántico sur. Cientos de miles de rabijuncos (*Phaethon aethereus* y *P. lepturus*), fragatas (*Fregata magnificens*), alcatraces y piqueros (*Sula dactylatra*, *S. sula* y *S. leucogaster*), charranes sombríos (*Sterna fuscata*), charranes bobos negros (*Anous minutus*), gaviotines de pico delgado (*Anous tenuirostris*) o charranes blancos (*Gygis alba*) anidan cada año en Fernando de Noronha, en cualquiera de los islotes que la rodean o en el atolón das Rocas.

Tanta riqueza no podía pasar desapercibida mucho tiempo, y las primeras acciones dirigidas a la conservación del archipiélago comenzaron en 1984 con el denominado programa Tamar (www.tamar.org.br), un proyecto que trataba de crear la infraestructura necesaria para proteger las playas de puesta de las tortugas verdes. Con el tiempo, la protección se fue extendiendo a la franja marina, los cetáceos y las colonias de aves, hasta que en 1988 algo más de la mitad de la isla y 90 km² del mar que la rodea fueron declarados Parque Nacional Marino.

Poco a poco el espíritu conservacionista fue ganando adeptos en Fernando de Noronha, y en 1996 el Instituto Brasileño del Medio Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables -IBAMA- (www.ibama.gov.br) y el WWF establecieron un plan dirigido a que los logros obtenidos en el marco del proyecto Tamar pudieran revertir sobre la población. Cinco años después, la UNESCO la declaró Reserva de Biosfera y Patrimonio de la Humanidad.

Ahora, la economía de la isla y la de sus poco más de 3.000 habitantes gira alrededor de un turismo minoritario y alternativo que viene hasta aquí buscando las emociones de la naturaleza. Voluntarios llegados para con-

trolar nidos de tortugas, y aficionados al *bird-watching* y al *whale-watching* procedentes de todo el mundo, se unen cada año a un nutrido grupo de buceadores que ha encontrado en Noronha algunas de las inmersiones más emocionantes y atractivas de América del Sur. En ese sentido, las aguas próximas a los islotes de las Ratas y de Morro de Fora, la ensenada de la Rasureta y la Ponta da Sapata son, por su transparencia y por la diversidad de su fauna, algunos de los puntos más frecuentados.

Tampoco faltan los surferos que, cada año entre los meses de noviembre y marzo, se acercan con sus tablas hasta la isla para poder aprovechar la extraordinaria ola de izquierda de las playas de Boldró o de la Cacimba do Padre.

Sin grandes hoteles ni construcciones delirantes, y con un estricto control urbanístico, el número de visitantes que puede coincidir cada día en la isla está restringido a algo menos de 500, todos ellos obligados a abonar una ecotasa que se ha incrementado con el aumento de la demanda.

Esta estrategia de *autocontrol* remunerado garantiza el buen estado general de la isla y permite que sus hermosas playas sigan manteniéndose inmaculadas y solitarias. El dinero recaudado de esa manera también se refleja en sensibles mejoras en la gestión de la potabilización del agua y del tratamiento de los residuos líquidos y sólidos, en la implantación de fuentes energéticas más limpias, en la mejor dotación de instalaciones sanitarias y escolares y, por supuesto, en la creación de empleo.

El modelo social que poco a poco arraiga en Noronha está logrando que la isla se parezca cada vez más a aquella *Utopía* que imaginó en su día Tomás Moro, y la aleja paso a paso de la triste imagen de isla-presidio que quedó grabada en las retinas de tripulantes y científicos del *Challenger*.





Fragatas comunes (*Fregata magnificens*) sobrevolando la bahía dos Golfinhos.



Bibliografía y fuentes consultadas

ANÓNIMO. <http://www.noronha.com.br/english/environ.htm>. Consulta: 5 de octubre de 2008.

BORGES, M. J. (1999). *Fernando de Noronha, Lendas e Fatos Pitorescos*. Inojosa Editores. Recife. 161 pp.

CARLETON, M. D. & S. L. OLSON (1999). Amerigo Vespucci and the rat of Fernando de Noronha: A new genus and species of Rodentia (Muridae: Sigmodontinae) from a volcanic island off Brazil's Continental Shelf. *American Museum Novitates* 3.256: 1-59.

LINKLATER, E. (1982). *The Voyage of the Challenger*. George Rainbird Ltd. London. 272 pp.

MAUSFELD, P., A. SCHMITZ, W. BÖHME, B. MISOF, D. VRCIBRADIC & C. F. D. ROCHA (2002). Phylogenetic affinities of *Mabuya atlantica* Schmidt, 1945, endemic to the Atlantic Ocean archipelago of Fernando de Noronha (Bra-

zil): Necessity of partitioning the genus *Mabuya* Fitzinger, 1826 (Scincidae: Lygosominae). *Zool. Anz.* 241: 281-293.

MORO, T. (1516). *Utopía* (edición de 1977). Editorial Planeta. Barcelona. 224 pp.

NACINOVIC, J. B. & D. M. TEIXEIRA (1989). As aves de Fernando de Noronha: uma lista sistemática anotada. *Revista Brasileira de Biologia* 49: 709-729.

OLSON, S. L. (1981). Natural history of vertebrates on the Brazilian Islands of the Mid south Atlantic. *National Geographic Society Research Reports* 13: 481-492.

PREGILL, G. (1984). Durophagous feeding adaptations in an Amphisbaenid. *Journal of Herpetology* 18: 186-191.

TEIXEIRA, W., U. G. CORDANI, E. DE ALBUQUERQUE & R. LINSKER (2003). *Arquipelago Fernando de Noronha, o Paraíso do Vulcão*. Tempos do Brasil. São Paulo. 167 pp.

